

610389

CUATRO POETAS CHILENOS OLVIDADOS

Por Rodrigo Verdugo

Dentro de un panorama general de la poesía chilena, aparecen nombres ligados tanto al interés de los bibliófilos, como al de un reducido número de lectores, y que frecuentemente sufren arbitrarias omisiones por parte de antologías de orden oficialista. Tal es el caso, por ejemplo, de Gustavo Ossorio, Jaime Rayo, Boris Calderón y Hernán Rocuant. Este núcleo de poetas está severido por distintas características; son autores cuyas obras fueron producidas entre las décadas de los años cuarenta y cincuenta, que contribuyeron a enriquecer y perfilar una vanguardia chilena y latinoamericana. Por otra parte, la mayoría de ellos fueron lectores de los románticos alemanes y de los simbolistas franceses. Otra característica predominante es que estas obras no han sido ni recopiladas ni estudiadas, lo cual se debe a que vivimos en un país armónico, donde existe un verdadero culto al facilismo y una mirada incomprendible respecto de la praxis literaria.

En este obsesivo empeño por exhumar autores, empezaremos con el primero de ellos, Gustavo Ossorio (1912-1949), autor de tres libros *Presentación y Memoria*, de imprenta Almudén, 1941; *El Señal Sombrio*, de imprenta Almudén, de 1947. Ambos fueron prólogados por Rosamel del Valle y Humberto Díaz-Casanueva. Por último, *Contacto Terrestre*, fue publicado en forma póstuma por la colección de poesía universal de la revista *Orfeo*, en 1968.

La obra de Ossorio está ajustada por una conciencia radical de la angustia, transformándose en un mecanismo de conocimiento y de aproximación a un todo velado. Desde su primer libro, existe el desplazamiento de un carácter ontológico; la recurrencia de ciertos términos e imágenes como confusión, destrucción, tufacación, temor, presencia, etc., que funcionen como efigerías dentro de esta búsqueda metafísica, y también del fuego, la sal, la ceniza, el vapor, la transparencia, que son verdaderas claves sintomáticas de un permanente estado de abatimiento, desesperación y abandono. Hay una trágica percepción del devenir (*no sé qué se puede detener cuando a través / de las paredes nace una soledad / y la muerte impenetrable / que grada los horrores hacia el silencio*).

Un desvencimiento impreciso, la incertidumbre, la imposibilidad de una visión religiosa, sólo hay extratos crecientes. Claramente, en esta búsqueda de absoluto, Ossorio está dando crueles señales, fijándose dentro de un punto intermedio, en que todo emerge y toda forma parte de una realidad, un mundo donde sólo se puede estar puesto a prueba, mundo que es verificable a través de los ritos y revelaciones. De ahí que Ossorio no repare tanto en el ser sino que en la presencia y en la permanencia, una realidad que se compone de peligros, riesgos, temores, cuyo trasfondo perpetuo es buscado en medio de una precocidad cognoscitiva (*Las cosas que ignoran sacuden como nubes sal en mis sentidos*).

Quizás sea *El Señal Sombrio*, su obra más importante. Allí se plantea la rigurosidad de su búsqueda, oscilando entre la devoción y la angustia, densificándolas aún más. En este sentido, siente un agobio sustancial (*soñar aquí soberanas del dolor / para igualar las formas y la ruina sorda / libres de los pies que agobiaban con su falso expectativa / libres de la sangre que desencanta / con nuestra faz sin juicio / con nuestros cuerpos aterrados por la contemplación*). No escapa tampoco de las continuas asechuras malignas que lo azotan, llegando a veces a buscar una liberación o la gracia (*nuestro viendo las fuerzas que nos devoran a grandes destelladas / y nos alejan del mal / calladamente*).

Ossorio se ubica en ese punto intermedio, donde también lo que emerge, pasa por el peligro de ser intrascendible. Las cosas son traspasadas por el enigma (*así el horde arde lo en su muerte / mientras la sombra habita su materia*). Nos parece imprescindible reproducir algunas palabras del prólogo de Humberto Díaz-Casanueva: "No hay fin de magia en aquella realidad cristalina, sino atención constante y atención radioscópica para captar lo que transcurre debajo y encima de los muros terrestres, vivencias que no excluye y que por el contrario, amplia como preditoras de su propio espíritu".

Sin duda Ossorio está emparentado, por la connotación metafísica de su obra, con poetas como Humberto Díaz-Casanueva y Rosamel del Valle, pero se distingue de ambos porque no trata de re-estructurar una visión mística, y en su poesía hay una redacción de elementos, salvo algunos que se repiten como las llaves, espadas, lámparas, etc. Y quizás coincida con los surrealistas, en que existe un punto mágico donde se reúnen lo visible y lo invisible. De ahí se justifica su participación en la revista cinco y seis del grupo de *La Andragoga*.

Por último, encontramos en la poesía de Ossorio un hablante ya predestinado a esa tarea (*engo sin embargo / inesperados gores / mi espíritu advierte los sumergidos fulgores / y renacece a los mensajeros del día lejano*). Ossorio

Cuatro poetas chilenos olvidados [artículo] Rodrigo Verdugo

Libros y documentos

AUTORÍA

Verdugo, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuatro poetas chilenos olvidados [artículo] Rodrigo Verdugo

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)